

La prueba de la blancura



IL AS cosas que me pasan! Yo, modesto estudiante de humanidades, tener que polemizar nada menos que con un ex Ministro de Educación.

Y para más remate, Presidente del Comité Editorial de QUE PASA.

Todo comenzó por mi artículo "Los Aristócratas" (QUE PASA N° 486). Gonzalo Vial responde con "Aristocracia e historia" (QUE PASA N° 487). Tercera pata:

"...le falló la intuición", me dice Gonzalo Vial y no pudo "acertar en profundidad abordando un tema que desconoce". Una aclaración: más que intuitivo, mi método

es paranoico-crítico y mis contribuciones al pensar, violentamente dubitativas. Escribo para saber. Aún no he logrado convencirme de que soy autoridad en algo, con su inmediata consecuencia, el autoritarismo.

Si mal no recuerdo, mi trabajo fue un comentario a la **Historia del Pueblo Chileno**, de Sergio Villalobos. Ni ésta obra ni su autor están mencionados en la réplica. Unas cuantas "ideas" que maneja Villalobos me parecieron razonables como la de que la Historia la hicieron, la vivieron y la escribieron los aristócratas en Chile dentro del "Sprit Anecdoteque" del libera-

lismo, en el siglo pasado, y del "revisiónismo aristocrático" en éste. Los clásicos del XIX —dice Villalobos— estuvieron marcados por: "la narración y la crítica filológica como método histórico, el positivismo como concepción científica y el liberalismo como posición ideológica".

Diego Barros Arana declara, en el prólogo a su **Historia General**: "He adoptado de propósito deliberado el sistema narrativo. Me he propuesto investigar los hechos con toda prolijidad en los numerosos documentos de que he podido disponer...".

El respeto supersticioso a los hechos puede llevar al inventario del microscópico pormenor. Y luego, ¿qué hacer con esta montaña de "hechos"? ¿Sin vuelo especulativo, sin entronques y enlaces culturales más amplios? La objetividad es una trampa. No hay historia objetiva. "Lo bueno de la Historia es que se inventa", dice Borges.

La concepción aristocrática de A. Edwards

Más grave que los clásicos del liberalismo positivista del XIX, sería —siempre en opinión de Villalobos— el "revisiónismo aristocrático", con sus tres cabezas: Alberto Edwards, Francisco A. Encina y Jaime Eyzaguirre.

"Observadores temerosos de la 'rebelión de las masas' rechazaron instintivamente la nueva realidad y se aferraron al pasado buscando valores tradicionales. El poderoso movimiento de la clase media y del proletariado, con las nuevas concepciones de justicia social, quebraba su esquema ideológico y todo se les representa como el caos y la decadencia nacional..." (Villalobos, op. cit.)

Es Villalobos y no Lafourcade quien afirma que "Edwards estaba vinculado a la alta burguesía comercial y bancaria y Encina provenía de una familia de agricultores enriquecidos". Y agrega: "Estas circunstancias, sin embargo, no desmienten la adhesión al ideario conservador y aristocrático, que fue la honrada convicción de todos ellos".

Algo más de Villalobos sobre Alberto Edwards: "La preocupación de él fue valorar el papel de la aristocracia y de sus



La preocupación de Alberto Edwards fue valorar el papel de la aristocracia.

prohombres en la organización de la república".

La concepción aristocrática de Edwards queda de manifiesto en su interesante ensayo "La Fronda Aristocrática".

Mi impugnador me reprocha no haber leído este último libro, reproche parcialmente justo. Intenté avanzar por esa frondosa obra, sin éxito. Para muchos esta obra es una honda crítica contra los aristócratas y un alegato en favor de un ejecutivo fuerte, portaliano, que sólo piensa en el bien del país. También puede interpretarse como un reproche a los aristócratas del legislativo, que se preocupan en exceso de sus intereses privados e impiden a los aristócratas del ejecutivo el buen gobierno. ¿Cornadas entre bueyes? ¡Difícil!



Si nuestro país aún fuera colonia española, otro gallo nos cantarían...

Alberto Edwards, cuyo talento no discutí, creó a Román Calvo, el émulo de Sherlock Holmes. Tal vez si le hubiese encargado a su detective esta investigación habría visto más claro. Repárese, al paso, en la carta que le escribe en 1901, a su amigo Luis Montt:

"El antiguo y noble espíritu conservador no consiste en gobernar los pueblos según los caprichos de una espada más o menos gloriosa, sino en fundar el orden y el progreso en la unión de todos los hombres que tienen intereses en respetar bajo el amparo de un poder justo pero fuerte. Esa fue la idea pelucona, en mi humilde concepto, y esa idea, que hoy mismo no ha

envejecido, no puede tener un enemigo más formidable que el despotismo militar".

Alberto Edwards concluye como Ministro de Educación de Ibáñez (octubre de 1930 a 6 de mayo de 1931).

¿Nadie decía nada bueno de España?

Mi impugnador declara "caricaturescas" ciertas expresiones de mi artículo, "si aplicadas a Jaime Eyzaguirre", quien habría sido "un hombre socialmente muy avanzado". Al paso me indica el amor a la pobreza de Eyzaguirre, que le llevó a rechazar la embajada de España (ignoraba que esa embajada fuera fuente de riquezas).

No hay, estimado amigo Gonzalo Vial, censura alguna a la permanente reivindicación de España emprendida por Jaime Eyzaguirre. Fui amigo de ese hombre de excepción. En muchas oportunidades le acompañé caminando desde la Escuela de Derecho por el Parque Forestal, hasta la sede de su librería. Discutíamos. No estábamos de acuerdo en casi nada. Eyzaguirre sólo veía España. Una Hispanidad galopante, de caballeros. La Hispanidad del futuro, su modelo, parecía advertirlo en el pasado, en la España colonial, con su enrejado de castas nobiliarias, de sacerdotes y militares, cerrada a libros, ideas, investigaciones. Esa España que tanto se interesó por salvarles el alma a su colonos indios, y mortificarles el cuerpo.

"Pero hay que comprender que —por ese entonces— nadie decía nada bueno de España", explica Gonzalo Vial.

Del franquismo, tal vez. De España, jamás se ha hablado tanto como en los años 1938 y siguientes. Santiago se llenó de republicanos. Las calles, de bullicio madrileño y catalán. Los Soria, los Morales Malva, Ferrater Mora, Eleazar Huerta, Antonio Romera, Santiago Ontañón; se abrieron tascas, restaurantes, librerías, editoriales. España estaba en todas las bocas. Con Iberia fecunda nos hacíamos lengua.

Los partidarios del "revisionismo aristocrático" —según Villalobos— se caracterizaron por "sentirse superiores a las contingencias y a las ideologías de expresión política inmediata. Creían desempeñar un papel mentor del más alto grado desdeñosos de otros pensamientos y de la posición de sectores sociales que les eran ajenos".

Eyzaguirre no fue ajeno a esta actitud. Gonzalo Vial lo declara "aristócrata de los años 30", como a Edwards "del 900". 1930 es el año en que José Ortega y Gasset publica *La Rebelión de las Masas*.

Los emigrantes se transforman en inmigrantes

En fin, se trata de re-ver nuestra Historia, para entendernos mejor dentro de

ella. Creo que Villalobos aporta algo, que no es únicamente odio de clase. Tampoco creo tenerlo yo, al hacer mis glosas ("Por un sentimiento que Lafourcade, descendiente de emigrantes más nuevos, no puede aquilatar en toda su violencia..."). Es verdad que los Lafourcade tienen apenas cuatro generaciones en Chile.

Aunque en el bello país cántaro, el de las Cortes de Amor, de donde procedemos, somos mucho más antiguos. ¡Qué curioso, no!

Por lo demás, es posible que todos los chilenos, salvo los precolombinos conocidos en Chile bajo el nombre genérico de mapuches, seamos emigrantes.

Por un acto de taumaturgia, al pisar esta tierra, nos transformamos —como recuerda Gómez de la Serna— en inmigrantes.

Lo que sí parece inadmisibles es que nuestros historiadores insistan en ver media realidad o un tercio de ésta. Y que la enseñen. Todavía hay, en la Escuela de Negocios de Valparaíso, un conspicuo profesor que explica a sus alumnos que Chile jamás debió haberse independizado de España y que si hoy, en 1980, nuestro país aún fuera colonia española, otro gallo le cantarían. El libro de Villalobos —a quien no conozco— es duro, caprichoso a ratos, pero no parece un texto inútil.